Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
9	0	7	1	4	0
9	0	7	6	3	0
7	2	8	0	0	1
4	8	5	9	0	1
5	6	0	3	0	1

SOLUCION / Pág. 4



MUELAS DE JUICIO

Página/2/3

Verano/12



FANTASTICOS PERROS

(Por Claudio Zeiger) Ellos antes sacaban a pasear sus autos, sus motos y sus mujeres. En la primavera y el otoño, como remedo apenas de un buen verano en Pinamar, los paseaban lánguidos y risueños dando la vuelta al perro más local que pueda imaginarse: por los precisos límites del barrio que marcan dos parques, un bar donde siempre se juntan los filatelistas y una heladería de gélida y gustosa fama. Ellos últimamente impusieron una nueva moda desde que salen a dar la vuelta al perro precisamente con el perro, los perros. Los fantásticos perros.

Efectivamente, son fantásticos: enormes, torpes aunque parezcan gráciles, son dálmatas, dobermann y vaya a saber cuántas razas más. Ellos tienen clase, pero sus fantásticos perros tienen raza, pura y exclusivamente.

Molestan estos perros. Como los chicos a veces, se convierten en el centro de cualquier reunión social que un poco inesperada se arma en estos parques, el Rivadavia y el Centenario. Se olfatean y miran mal a la gente, persiguen a sus compadres más chicos, esos que por mal nacidos o falta de convicción jamás llegarán a ser fantásticos como ellos.

Los perros fantásticos andan sueltos por estas calles y por el parque, el dueño los sigue atrás a distancia, porque amaestrados como están, jamás les llegará al hocico un arrebato de libertad. Dejan sus fantásticas deposiciones —verdaderos bultos blandos que parecen de caballo— por las calles laterales y en el pasto del parque, porque allí, ellos, los llevan a evacuar lo suyo. Comen, tiernos, más de un kilo de buena carne por día.

La otra vez, en el Parque Centenario, hubo un levante que se frustró por culpa de la histeria de ellos, histeria masculina, la hay, dos muchachos bien plantados que a pleno sol, a lo lejos, venían tironeando de sendos perros fantásticos que belfo a belfo competían por ver cuál de los dos era más antipático.

Cerca del encantador monumento a la Vaca instalado en el corazón del parque, dos chicas bien puestas tomaban sol cuando los vieron venir. Morenas, suaves, dispuestas, jugaban a las cartas, un chinchón intrascendente, y hasta suspendieron el juego para mirar. Ellos se bronceaban a rienda firme detrás de sus perros. Ellas (una para cada uno) miraron con elocuencia, ellos vinieron caminando despacio detrás de los caninos para exhibirse bien, en cueros al sol, las rodearon, giraron, difícil con los perros pero lo hicieron bien, se perdieron detrás del monumento a la Vaca y reaparecieron por el otro lado, deliberaron, pero ninguno de los que vio sus movimientos y menos ellas, saben por qué dudaron y al final se fueron detrás de sus perros.

Hasta aquí, ellos. En cuanto a los fantásticos perros, se sabe, no se los lleva a enamorar a los parques sino a suntuosas veterinarias con luces tenues. No se sabe, a ciencia cierta, si gozan.

Cómo empezó todo esto?, me pregunté en voz alta. ¿Cómo llegué hasta aquí?

Parado en la esquina de Fillmore y algo, un domingo a las 7 de la mañana, acababa de tener un intercambio —de actitudes, más que de palabras— con uno de los tantos borrachos que andan por la zona. Concretamente le tiré a la cara dos tampones ensangrentados que había sacado de mi boca.

Asustado, más asustado que yo, salió corriendo dentro de lo que le permitían sus posibilidades.

El diálogo había sido breve:

—Estoy acabado —dijo el choborra—, así que dame todo lo que tengas.

Superando el terror de la situación le deserrajé una pregunta.

—¿Sabés qué como todas las mañanas?

El tipo meneó la cabeza porque: o no sabía o no había entendido la pregunta.

—¡Sannngre!, grité.

Ahí me saqué los dos tampones que tenía en la boca y se los tiré a la cara. Su desconcierto fue grande. Esa mañana había alguien más reventado que él en esta tierra.

Protegiéndose con las dos manos y mirando hacia atrás, se perdió bajo el sol hiriente del domingo.

—¿Cómo empezó todo esto? ¿Cómo llegué hasta acá?

Mientras esperaba el trolley que me transportaría a la clínica, trataba de recordar los extraños acontecimientos que me habían llevado hasta ese punto...

Nunca pude entender por qué Howie se había cansado de tenerme en su casa. Bah, en realidad siempre lo entendí. Howie Klein era un hard gay, sociólogo, que había dirigido el restaurante de la institución donde yo trabajaba en Amsterdam.

Nos habíamos reencontrado en San Francisco. Fue mi alumno favorito de fotografía; aquel que en unas pocas lecciones y aplicando mi famoso método de cometer la mayor cantidad de errores en el menor tiempo posible, se transformó a la larga en un fotógrafo profesional. (Si bien este método-consejo es aplicable a cualquier cosa, la experiencia me ha demostrado que tiene particular eficacia en las partes mecánicas de ciertas artes; por supuesto es mucho más fácil hacérselo aplicar a los demás que a uno mismo).

En ese momento Howie alquilaba un dos ambientes cerca de Castro y trabajaba en una agencia de publicidad cuyos clientes principales eran la Filarmónica y los Hare Krishna. San Francisco era un sitio ideal para mí. Un heterosexual masculino. Con la mitad de la población gay, la disponibilidad de chicas bonitas superaba las chances de cualquier otra ciudad.

Howie Klein, cansado de que le cuente historias de señoras y señoritas y deseando traerse a su casa a quien se le cantase sin tener que dar explicaciones, me dio una fecha de salida, sin darme explicaciones.

El problema era que esa fecha de expulsión era coincidente con la expulsión de mis muelas de juicio.

Habían pasado muchos años desde el momento en que a más de 5000 metros de altura, en la playa de Copacabana emergieron como montañas surgidas de un deslizamiento geológico, mis muelas de juicio.

La persistencia del dolor era acompañada por esa sórdida visión de las aguas oscuras del lago y de esa playa del Titicaca que algún chistoso había bautizado como su impar brasileña. ¡Imbécil, te voy a dar Copacabana!

Yo bajé, con la cabeza estallando y la boca hinchada. Todo se fue desinflamando, junto con los recuerdos.

No hubo ni habrá ninguna explicación sobre por qué tantos años después, en cualquier otro lugar del mundo, las muelas de juicio atacaron sísmicamente llevando el dolor a su punto límite. Ya no podía ni hablar y esperaba la operación de mis muelas de juicio como el día del juicio final. Lo siento, el juego de palabras es irresistible.

Tampoco podía mover la fecha. Ni la boca. La operación era relativamente complicada y la había obtenido a 25 dólares gracias a una serie de artimañas, típicas de quien no tiene seguro social.

En realidad todo se le había ocurrido a Bread. Bread era un indio que frecuentaba a un grupo de amigos del Instituto de Artes Visuales de San Francisco con quienes yo estaba relacionado y a cuya casa iba a ir a parar después de la operación.

Bread no era un indio común. Era un hopi. Hecho y derecho. Por aquel entonces varios libros sacaron a luz toda una serie de textos y tradiciones hopis que los transformaron en los indios más cotizados de USA. Dos motivos: un gran desarrollo científico-espiritual y el escaso número de sobrevivientes de la tribu.

Bread era uno de ellos. Y estaba encantado. Pasó de ser un lumpeneta miserable —que tocaba la guitarra eléctrica como Stockhausen (se la ponía plana en las rodillas, como un dulcimer) al tiempo que recitaba poemas inentendibles— a transformarse en una figura social de cierto peso. Uno quedaba muy bien apareciendo con Bread en los vernissages. Tal vez por lo exótico que le parecía mi origen, trabamos una buena amistad. Enterado de mis muelas y mi desamparo, me dijo:

—Mira, hay una tribu cerca de la frontera de Canadá, pero del otro lado, en la que los indios tienen un aire parecido al tuyo. Algunos rulos, piel blanco-cetrina y hablan con pedazos de palabras en francés.

—¿Y?

—Con ese acento que tenés (en esa época yo venía de Francia y mi inglés salía medio guegueado) podrías pasar perfectamente.

—¿Y...?— Yo ya me estaba impacientando. No por él sino por mí. Por las intermitentes erupciones de dolor de "las de juicio".

—Anda a ver un dentista de la American Indian Association y...

—Pero me van a pedir papeles... algo.

Bread se rió.

—Nooo... Ningún indio de ésos tiene papeles. Ni siquiera saben cuáles fueron sus padres. Yo te acompaño. En realidad yo tampoco tengo papeles...

Con los años, cabe que me haga la pregunta. ¿Habrá algún tipo de conexión bucodental entre los indios del Titicaca y los hopi de América del Norte?

¡Qué enigma para Berlitz!

Y allá fuimos. El dentista de la AIA, —un blanco voluntario— sin desconfiar un segundo de mi relato y por supuesto mucho menos de las acotaciones de Bread, luego de un profundo examen dictaminó:

—Hay que sacarlas. Pero esto no se puede hacer acá. Te haré una nota para el Hospital de la Universidad.

Bread se despidió de mí. Al día siguiente se iba a New Mexico a dar una conferencias. Dijo que volvería en dos semanas. Nunca más lo volví a ver.

—Tap-tap...

—¿...?

—Tap-tap-tap.

—¿...?

Me estaba despertando —entre risas— luego que los dos doctorcitos residentes me largaran un chorro de gas bastante más fuerte que los anteriores.

La imagen en angular de los dos guardapolvos trabajando sobre mi boca era de película con sabio loco.

Cada tap era un golpe de martillo. Uno tenía el cincel y el otro martillaba. Martillaba sobre mis muelas, claro está. Yo no sentía nada y, curiosamente, todo me parecía muy divertido.

Ellos se reían también, pero no pudieron dejar de hacerme una advertencia:

—Después ya no te vas a reír tanto. Cuando se vaya el efecto del gas te va a empezar a doler en serio.

Entre martillazos, sangre, pinzas y gas ya no tan hilarante, terminó la operación.

Era un viernes. Así que painkillers, gasitas y hasta el lunes, amiguito.

Estaba mareado, aunque no dolorido, cuando Howie Klein pasó a buscarme en su van, a modo de último favor. Creo que en realidad quería garantizar que realmente yo me iba a ir y que él no se iba a conmover por mi estado que, aunque yo no lo veía, era bastante lamentable.

No. No es que no tuviera donde ir. Simplemente que esa casa medio torcida, medio china en la que vivían estos amigos del Instituto de Artes Visuales, no era ni por aproximación el lugar para un convaleciente.

Toda buena gente, pero muy desordenada.

De cualquier manera entre baba y baba sangrante, Howie me dejó con todas mis cosas en lo de estos chicos.

—Te llamo... —fue lo último que le oí decir. Me habían empezado a doler las... ¿las qué? ya no las tenía. Mandé a mi lengua a explorar gasas y extrañas cavernas lovecraftianas.

—Bienvenido —dijo Nick Blair, un grandulón rubio, gigante, buenazo y a la sazón uno de los titulares de la casa. Se oían sonidos de batería, voz y guitarra, que venían desde el sótano.

—Estamos tocando, si querés unirte...

Bué, pensé; mejor, así me meto en otra cosa.

Mis programas posibles del fin de semana eran encontrarme con una chica con la que había empezado a salir, que esperaba me brindase cierto consuelo o descansar y estar listo para un trabajo de cocinero en un restaurante vegetariano bastante cajetilla que habían abierto cerca del Fisherman's.

Como de costumbre había demasiados guitarristas, así que me puse a tocar un poco lo poco que yo puedo tocar el bajo. La cosa oscilaba entre algo inaudible y ciertos riffs que sonaban culturalmente simpáticos, por ser benevolente. Estaba transitando por este período cuando noté que los dedos de la mano derecha estaban resbalando demasiado. Miré hacia abajo y vi el micrófono teñido de rojo. Y la madera del cuerpo del bajo salpicada. No cabía duda, estaba sangrando bastante.

—¡Vic!... ¡Teléfono! —gritó desde arriba una de las chicas, también titular de la casa.

—Si... ¿Que tal, cómo estás? Me gustaría verte, etc.

Mi tono era el más animado posible. Del otro lado del teléfono mi nueva chica no podía suponer nada. En realidad no le interesaba suponer nada. Simplemente me decía que lo nuestro había sido muy lindo, que se había reencontrado con su boyfriend y que no pensaba seguir saliendo conmigo.

Yo la oía al mismo tiempo que pasaba mi lengua por las gasas mientras algo que de ahí en más llamé mentalmente "sanbaba" (mezcla de saliva y sangre) me goteaba por la boca.

Un nuevo cambio de apósitos odontológicos, dos painkillers y a tocar amiguito. Ahora tenía dos cosas para olvidar. Mi chica perdida y mi dolor ganado, al que los calmantes disimulaban cada vez menos.

No recuerdo qué seguí tocando. Ni a qué sonaba todo eso. Lo que fuera que tocase se vio interrumpido por un nuevo llamado telefónico.

Esta vez era del restaurante en el que debía comenzar a trabajar el lunes.

Se había engripado el cocinero, así que ésta era mi oportunidad. Tenía que ir al día siguiente y empezar a cocinar una lazagna vegetariana, un Strogonoff vegetariano y las bases de arroz habituales.

No pude evadirme. Había recesión (siempre que estoy en Estados Unidos hay recesión, por eso les digo, no hay como Tanganika) y tenían otro cocinero esperando en fila. Y con papeles. Dije sí, aunque —por varios motivos— sabía que me metería en problemas.

Primero, yo no era tan buen cocinero. Había trabajado en restaurantes y tal pero...

Segundo, detestaba con toda mi alma los platos vegetarianos que imitaban a los platos carnívoros.

Una lazagna es una lazagna, el Strogonoff es con carne y a otra cosa mariposa. Siempre me pareció que hacer esos platos era cocinar desde la culpa.

Tercero, dije a todo que sí.

Ya no podía seguir tocando nada y, lo que era peor, deseaba que no sonase una sola nota más.

Lo primero era tranquilizarme.

Lo segundo era conseguir una receta de lazagna vegetariana. Howie, tenía que ubicarlo a Howie.

Lo ubiqué. Pero Howie también detestaba como yo los platos sustitutos o prostitutos. Me derivó a una serie de números de teléfono.

La conseguí.

Lo tercero era tratar de pasar lo que restaba del viernes de la mejor manera posible.

De alguna manera olvidable —posiblemente atiborrado de painkillers— pasé por el viernes a la noche como una saeta de piedra, para llegar a la mañana del sábado.

El restaurante era un lugar muy lindo. Demasiado lindo. El problema con los restaurantes vegetarianos y/o macrobióticos es que les cuesta mucho encontrar su punto. Si están puestos con demasiada plata, es para desconfiar. Comienza a sentirse inmediatamente ese forzar de sonrisas y buena onda.

Si son modestos, van envolviéndose en una sordidez creciente, que suele oscilar entre la suciedad y el anacronismo. Y comienza a sentirse ese-otro-forzar de sonrisas y buena onda.

Bien. Este estaba casi en el punto justo, pero se notaba que ahí había guita.

De cualquier manera, como yo soy muy negador, preferí quedarme contento con el look del lugar. Error. Tomé el punto de vista del cliente desprevenido, en vez del de astuto empleado nuevo.

Uno niega para salvarse un poquito pero después se sufre el doble.

El primer indicio —aceptado por mí— de que las cosas no andaban demasiado bien me lo dio la casi total falta de presión de la dueña cuando estrechó mi mano en el momento de presentarnos. Este síndrome es seguido por un inmediato diagnóstico similar al que da el plomero cuando uno lo llama porque no tiene agua en toda la casa. "¿Sabe lo que pasa? no hay presión porque de central no entregan. Falta el caudal mínimo."

Exacto, faltaba el caudal mínimo indispensable para que dos personas pudieran llegar a tener aunque sea la chance de establecer algún tipo de relación más o menos normal. Por supuesto el otro extremo, el de la mano estrechada hasta el dolor, también es nocivo pero conduce a otro tipo de problemática que no vamos a tratar en este momento.

Me pidió que el Strogonoff lo preparara con seitán.

—La carne simulada me gustaría hacerla con tofu, contesté.

—Ya es demasiado tarde para conseguir tofu. Prepárela con seitán.

—Detesto el seitán.

—No importa. Hágala con seitán.

Aparte de la lazagna y el Strogonoff tenía que preparar el arroz habitual y demás verduras al vapor.

Bien, manos a la obra. Me mostró la cocina. Una cocina fantástica. Cómoda, grande... con dos piletones gigantes a escala americana.

Me puse a preparar las cosas. Fuimos al sótano donde estaba la despensa. Todo lo que podía necesitar y que no estuviera en la cocina, lo iba a poder sacar de ahí. La llave la tenía quien yo sospechaba era mi ayudante de cocina.

—Bueno, podrías empezar por cortar las cebollas —le dije a mi ayudante.

—No. Yo no sé cortar.

—Aha ...Y ¿para qué estás acá?

La respuesta era obvia. No recuerdo con qué eufemismo me contestó. El fornido adolescente estaba ahí para vigilar y acompañarme en mis descensos a la despensa.

En el momento en que gire para darle la espalda y abocarme de lleno a mis tareas un poderoso dolor sacudió toda mi boca. Las muelas de juicio in absentia, volvían al ataque. Por supuesto había llevado un kit de gasas y painkillers. Cuando me saqué las pequeñas gasas viejas y aplastadas, mi lengua recorría irresistiblemente los espacios inmensos (también escala americana) dejados por las muelas ausentes. Era una geología extraña. Absolutamente agigantada. Jamás pensé que mi boca podría albergar semejante topografía. El noc noc de la dueña en la puerta del baño me sacó de mis cavilaciones. Con un último "pensamiento-rezo" que decía "Por favor dolor andate y dejame trabajar tranquilo" tiré la cadena para hacer creer que había estado haciendo caca. (No sé por qué me perseguí con eso.)

Lo primero que hice fue dorar unas cebollas con un poco de aceite de maíz.

A la pregunta sobre si usaban agua mineral o de algún proveedor, obtuve una lacónica respuesta de la dueña:

—El agua corriente es buena. Apurate, yo salgo a hacer unas compras.

Enfrentado a dos sendos piletones con grifos nuevos, decidí poner el arroz que ya había tostado lo suficiente con el agua de la canilla. En realidad había una ligera diferencia en el diseño de los piletones, pero decidí operar con cualquiera indistintamente.

Chic, chic, chic. Bzzac, Bzzac. Pese al dolor de muelas que no se pasaba, yo trataba de hacer los cortes lo más rápida y eficientemente posible. Cuando raspaba la tabla daba vuelta el cuchillo, recomendación de un jefe de cocina. Eso es una muestra silenciosa de profesionalismo, pues el darlo vuelta para volcar la verdura cortada, el filo del cuchillo se gasta mucho menos.

La lazagna, luego de pregratinarla y mandarla al horno, ya estaba encaminada.

Sucesivos olvidos de algunos elementos me obligaron a hacer varios viajes al sótano, siempre acompañado del fornido adolescente, para buscar más provisiones. Cuanto más bajaba, más me dolían.

Aparentemente las cosas marchaban bien. La dueña había vuelto y yo tenía todo en marcha, incluyendo el falso Strogonoff con seitán.

La dueña iba y venía por el gran salón, dando los últimos toques. Había un par de guitarras y un micrófono. Se ve que la consumición incluía un número musical obligado.

Todavía el sol no se había ocultado y ya estaban llegando los primeros comensales. Aunque ya lo sé por incontables películas y por incontables cenas, que en USA se come temprano, el hecho no deja siempre de llamarme la atención.

—¿Está listo, está listo, está listo?

La dueña histérica y excitada llegó a la cocina. Yo estaba escupiendo sangre en uno de los piletones y haciendo correr el agua .

Con su máximo rasgo de humanidad me dijo:

—Escupí en el baño o en el otro piletón, que la canilla larga lavandina con detergente.

Mecánicamente me dirigí hacia el otro piletón. Escupí y abrí la canilla. Efectivamente largaba agua con detergente y lavandina.

Levanté la vista y vi que la dueña salía orgullosa con dos platos de arroz con verduras.

Inmediatamente comprendí lo que se vendría.

Unos instantes que eran ladrillazos y se lar-

ViÑuela

MU

Victor Kesselman
Buenos Aires en
periodista gráfico
director de teatro
underground (Ri
ejemplo) y creati
En la actualidad
comerciales y so
guión escrito jun
Hermida que asp
día menos pensa

garon los primeros cu
susurros llamando al m
que la orgullosa dueñ
dian que por favor pro
que eran entendidos. E
taba rara o fea sugería
sico dominaba todos
La probó.
Efectivamente. Se ce
Y los buenos restau
gigantes muy parecido
sale una mezcla de ag
todo lo lava. Menos l
Justamente de ese p
grifo (como dirían lo
poema trágico) llené t
arroz y el agua del fals
tán.
Las muelas. Ay las
Había que hacer to
bía que recomenzar. F
vuelta.
Sólo la lazagna podí
tes hasta tanto se recor
cosas.

MUELAS DE JUICIO

Victor Kesselman nació en Buenos Aires en 1948. Supo ser periodista gráfico e itinerante, director de teatro ligeramente underground (Ring Club, por ejemplo) y creativo publicitario. En la actualidad dirige comerciales y sobaquea un guión escrito junto a Luchi Hermida que aspira a realizar el día menos pensado.

POR VICTOR KESSELMAN

Cómo empezó todo esto?, me pregunté en voz alta. ¿Cómo llegué hasta aquí?

Parado en la esquina de Fillmore y algo, un domingo a las 7 de la mañana, acababa de tener un intercambio —de actitudes, más que de palabras— con uno de los tantos borrachos que andan por la zona. Concretamente le tiré a la cara dos tampones ensangrentados que había sacado de mi boca.

Asustado, más asustado que yo, salió corriendo dentro de lo que le permitían sus posibilidades.

El diálogo había sido breve:

—Estoy acabado —dijo el choborra—, así que dame todo lo que tengas.

Superando el terror de la situación le deserrajé una pregunta.

—¿Sabés qué como todas las mañanas?

El tipo meneó la cabeza porque: o no sabía o no había entendido la pregunta.

—¡Sannngre!, grité.

Ahí me saqué los dos tampones que tenía en la boca y se los tiré a la cara. Su desconcierto fue grande. Esa mañana había alguien más reventado que él en esta tierra.

Protegiéndose con las dos manos y mirando hacia atrás, se perdió bajo el sol hiriente del domingo.

—¿Cómo empezó todo esto? ¿Cómo llegué hasta acá?

Mientras esperaba el trolley que me transportaría a la clínica, trataba de recordar los extraños acontecimientos que me habían llevado hasta ese punto...

Nunca pude entender por qué Howie se había cansado de tenerme en su casa. Bah, en realidad siempre lo entendí. Howie Klein era un hard gay, sociólogo, que había dirigido el restaurante de la institución donde yo trabajaba en Amsterdam.

Nos habíamos reencontrado en San Francisco. Fue mi alumno favorito de fotografía; aquel que en unas pocas lecciones y aplicando mi famoso método de cometer la mayor cantidad de errores en el menor tiempo posible, se transformó a la larga en un fotógrafo profesional. (Si bien este método-consejo es aplicable a cualquier cosa, la experiencia me ha demostrado que tiene particular eficacia en las partes mecánicas de ciertas artes; por supuesto es mucho más fácil hacérselo aplicar a los demás que a uno mismo).

En ese momento Howie alquilaba un dos ambientes cerca de Castro y trabajaba en una agencia de publicidad cuyos clientes principales eran la Filarmónica y los Hare Krishna. San Francisco era un sitio ideal para mí. Un heterosexual masculino. Con la mitad de la población gay, la disponibilidad de chicas bonitas superaba las chances de cualquier otra ciudad.

Howie Klein, cansado de que le cuente historias de señoras y señoritas y deseando traerse a su casa a quien se le cantase sin tener que dar explicaciones, me dio una fecha de salida, sin darme explicaciones.

El problema era que esa fecha de expulsión era coincidente con la expulsión de mis muelas de juicio.

Habían pasado muchos años desde el momento en que a más de 5000 metros de altura, en la playa de Copacabana emergieron como montañas surgidas de un deslizamiento geológico, mis muelas de juicio.

La persistencia del dolor era acompañada por esa sórdida visión de las aguas oscuras del lago y de esa playa del Titicaca que algún chistoso había bautizado como su impar brasileña. ¡Imbécil, te voy a dar Copacabana!

Yo bajé, con la cabeza estallando y la boca hinchada. Todo se fue desinflamando, junto con los recuerdos.

No hubo ni habrá ninguna explicación sobre por qué tantos años después, en cualquier otro lugar del mundo, las muelas de juicio atacaron sísmicamente llevando el dolor a su punto límite. Ya no podía ni hablar y esperaba la operación de mis muelas de juicio como el día del juicio final. Lo siento, el juego de palabras es irresistible.

Tampoco podía mover la fecha. Ni la boca. La operación era relativamente complicada y la había obtenido a 25 dólares gracias a una serie de artimañas, típicas de quien no tiene seguro social.

En realidad todo se le había ocurrido a Bread. Bread era un indio que frecuentaba a un grupo de amigos del Instituto de Artes Visuales de San Francisco con quienes yo estaba relacionado y a cuya casa iba a ir a parar después de la operación.

Bread no era un indio común. Era un hopi. Hecho y derecho. Por aquel entonces varios libros sacaron a luz toda una serie de textos y tradiciones hopis que los transformaron en los indios más cotizados de USA. Dos motivos: un gran desarrollo científico-espiritual y el escaso número de sobrevivientes de la tribu.

Bread era uno de ellos. Y estaba encantado. Pasó de ser un lumpeneta miserable —que tocaba la guitarra eléctrica como Stockhausen (se la ponía plana en las rodillas, como un dulcimer) al tiempo que recitaba poemas inentendibles— a transformarse en una figura social de cierto peso. Uno quedaba muy bien apareciendo con Bread en los vernissages. Tal vez por lo exótico que le parecía mi origen, trabamos una buena amistad. Enterado de mis muelas y mi desamparo, me dijo:

—Mira, hay una tribu cerca de la frontera de Canadá, pero del otro lado, en la que los indios tienen un aire parecido al tuyo. Algunos rulos, piel blanco-cetrina y hablan con pedazos de palabras en francés.

—¿Y?

—Con ese acento que tenés (en esa época yo venía de Francia y mi inglés salía medio guegueado) podrías pasar perfectamente.

—¿Y...?— Yo ya me estaba impacientando. No por él sino por mí. Por las intermitentes erupciones de dolor de "las de juicio".

—Anda a ver un dentista de la American Indian Association y...

—Pero me van a pedir papeles... algo.

Bread se rió.

—Nooo... Ningún indio de ésos tiene papeles. Ni siquiera saben cuáles fueron sus padres. Yo te acompaño. En realidad yo tampoco tengo papeles...

Con los años, cabe que me haga la pregunta. ¿Habrá algún tipo de conexión bucodental entre los indios del Titicaca y los hopi de América del Norte?

¡Qué enigma para Berlitz!

Y allá fuimos. El dentista de la AIA, —un blanco voluntario— sin desconfiar un segundo de mi relato y por supuesto mucho menos de las acotaciones de Bread, luego de un profundo examen dictaminó:

—Hay que sacarlas. Pero esto no se puede hacer acá. Te haré una nota para el Hospital de la Universidad.

Bread se despidió de mí. Al día siguiente se iba a New Mexico a dar una conferencias. Dijo que volvería en dos semanas. Nunca más lo volví a ver.

—Tap-tap...

—¿...?

—Tap-tap-tap.

—¿...?

Me estaba despertando —entre risas— luego que los dos doctorcitos residentes me largaran un chorro de gas bastante más fuerte que los anteriores.

La imagen en angular de los dos guardapolvos trabajando sobre mi boca era de película con sabio loco.

Cada tap era un golpe de martillo. Uno tenía el cincel y el otro martillaba. Martillaba sobre mis muelas, claro está. Yo no sentía nada y, curiosamente, todo me parecía muy divertido.

Ellos se reían también, pero no pudieron dejar de hacerme una advertencia:

—Después ya no te vas a reír tanto. Cuando se vaya el efecto del gas te va a empezar a doler en serio.

Entre martillazos, sangre, pinzas y gas ya no tan hilarante, terminó la operación.

Era un viernes. Así que painkillers, gasitas y hasta el lunes, amiguito.

Estaba mareado, aunque no dolorido, cuando Howie Klein pasó a buscarme en su van, a modo de último favor. Creo que en realidad quería garantizar que realmente yo me iba a ir y que él no se iba a conmover por mi estado que, aunque yo no lo veía, era bastante lamentable.

No. No es que no tuviera donde ir. Simplemente que esa casa medio torcida, medio china en la que vivían estos amigos del Instituto de Artes Visuales, no era ni por aproximación el lugar para un convaleciente.

Toda buena gente, pero muy desordenada.

De cualquier manera entre baba y baba sangrante, Howie me dejó con todas mis cosas en lo de estos chicos.

—Te llamo... —fue lo último que le oí decir. Me habían empezado a doler las... ¿las qué? ya no las tenía. Mandé a mi lengua a explorar gasas y extrañas cavernas lovecraftianas.

—Bienvenido —dijo Nick Blair, un grandulón rubio, gigante, buenazo y a la sazón uno de los titulares de la casa. Se oían sonidos de batería, voz y guitarra, que venían desde el sótano.

—Estamos tocando, si querés unirte...

Bué, pensé; mejor, así me meto en otra cosa.

Mis programas posibles del fin de semana eran encontrarme con una chica con la que había empezado a salir, que esperaba me brindase cierto consuelo o descansar y estar listo para un trabajo de cocinero en un restaurante vegetariano bastante cajetilla que habían abierto cerca del Fisherman's.

Como de costumbre había demasiados guitarristas, así que me puse a tocar un poco lo poco que yo puedo tocar el bajo. La cosa oscilaba entre algo inaudible y ciertos riffs que sonaban culturalmente simpáticos, por ser benevolente. Estaba transitando por este período cuando noté que los dedos de la mano derecha estaban resbalando demasiado. Miré hacia abajo y vi el micrófono teñido de rojo. Y la madera del cuerpo del bajo salpicada. No cabía duda, estaba sangrando bastante.

—¡Vic!... ¡Teléfono! —gritó desde arriba una de las chicas, también titular de la casa.

—Sí... ¿Que tal, cómo estás? Me gustaría verte, etc.

Mi tono era el más animado posible. Del otro lado del teléfono mi nueva chica no podía suponer nada. En realidad no le interesaba suponer nada. Simplemente me decía que lo nuestro había sido muy lindo, que se había reencontrado con su boyfriend y que no pensaba seguir saliendo conmigo.

Yo la oía al mismo tiempo que pasaba mi lengua por las gasas mientras algo que de ahí en más llamé mentalmente "sanbaba" (mezcla de saliva y sangre) me goteaba por la boca.

Un nuevo cambio de apósitos odontológicos, dos painkillers y a tocar amiguito. Ahora tenía dos cosas para olvidar. Mi chica perdida y mi dolor ganado, al que los calmantes disimulaban cada vez menos.

No recuerdo qué seguí tocando. Ni a qué sonaba todo eso. Lo que fuera que tocase se vio interrumpido por un nuevo llamado telefónico.

Esta vez era del restaurante en el que debía comenzar a trabajar el lunes.

Se había engripado el cocinero, así que ésta era mi oportunidad. Tenía que ir al día siguiente y empezar a cocinar una lazagna vegetariana, un Strogonoff vegetariano y las bases de arroz habituales.

No pude evadirme. Había recesión (siempre que estoy en Estados Unidos hay recesión, por eso les digo, no hay como Tanganika) y tenían otro cocinero esperando en fila. Y con papeles. Dije sí, aunque —por varios motivos— sabía que me metería en problemas.

Primero, yo no era tan buen cocinero. Había trabajado en restaurantes y tal pero...

Segundo, detestaba con toda mi alma los platos vegetarianos que imitaban a los platos carnívoros.

Una lazagna es una lazagna, el Strogonoff es con carne y a otra cosa mariposa. Siempre me pareció que hacer esos platos era cocinar desde la culpa.

Tercero, dije a todo que sí.

Ya no podía seguir tocando nada y, lo que era peor, deseaba que no sonase una sola nota más.

Lo primero era tranquilizarme.

Lo segundo era conseguir una receta de lazagna vegetariana. Howie, tenía que ubicarlo a Howie.

Lo ubiqué. Pero Howie también detestaba como yo los platos sustitutos o prostitutos. Me derivó a una serie de números de teléfono.

La conseguí.

Lo tercero era tratar de pasar lo que restaba del viernes de la mejor manera posible.

De alguna manera olvidable —posiblemente atiborrado de painkillers— pasé por el viernes a la noche como una saeta de piedra, para llegar a la mañana del sábado.

El restaurante era un lugar muy lindo. Demasiado lindo. El problema con los restaurantes vegetarianos y/o macrobióticos es que les cuesta mucho encontrar su punto. Si están puestos con demasiada plata, es para desconfiar. Comienza a sentirse inmediatamente ese forzar de sonrisas y buena onda.

Si son modestos, van envolviéndose en una sordidez creciente, que suele oscilar entre la suciedad y el anacronismo. Y comienza a sentirse ese-otro-forzar de sonrisas y buena onda.

Bien. Este estaba casi en el punto justo, pero se notaba que ahí había guita.

De cualquier manera, como yo soy muy negador, preferí quedarme contento con el look del lugar. Error. Tomé el punto de vista del cliente desprevenido, en vez del de astuto empleado nuevo.

Uno niega para salvarse un poquito pero después se sufre el doble.

El primer indicio —aceptado por mí— de que las cosas no andaban demasiado bien me lo dio la casi total falta de presión de la dueña cuando estrechó mi mano en el momento de presentarnos. Este síndrome es seguido por un inmediato diagnóstico similar al que da el plomero cuando uno lo llama porque no tiene agua en toda la casa. "¿Sabe lo que pasa? no hay presión porque de central no entregan. Falta el caudal mínimo."

Exacto, faltaba el caudal mínimo indispensable para que dos personas pudieran llegar a tener aunque sea la chance de establecer algún tipo de relación más o menos normal. Por supuesto el otro extremo, el de la mano estrechada hasta el dolor, también es nocivo pero conduce a otro tipo de problemática que no vamos a tratar en este momento.

Me pidió que el Strogonoff lo preparara con seitán.

—La carne simulada me gustaría hacerla con tofu, contesté.

—Ya es demasiado tarde para conseguir tofu. Prepárela con seitán.

—Detesto el seitán.

—No importa. Hágala con seitán.

Aparte de la lazagna y el Strogonoff tenía que preparar el arroz habitual y demás verduras al vapor.

Bien, manos a la obra. Me mostró la cocina. Una cocina fantástica. Cómoda, grande... con dos piletones gigantes a escala americana.

Me puse a preparar las cosas. Fuimos al sótano donde estaba la despensa. Todo lo que podía necesitar y que no estuviera en la cocina, lo iba a poder sacar de ahí. La llave la tenía quien yo sospechaba era mi ayudante de cocina.

—Bueno, podrías empezar por cortar las cebollas —le dije a mi ayudante.

—No. Yo no sé cortar.

—Aha ...Y ¿para qué estás acá?

La respuesta era obvia. No recuerdo con qué eufemismo me contesto. El fornido adolescente estaba ahí para vigilar y acompañarme en mis descensos a la despensa.

En el momento en que gire para darle la espalda y abocarme de lleno a mis tareas un poderoso dolor sacudió toda mi boca. Las muelas de juicio in absentia, volvían al ataque. Por supuesto había llevado un kit de gasas y painkillers. Cuando me saqué las pequeñas gasas viejas y aplastadas, mi lengua recorría irresistiblemente los espacios inmensos (también escala americana) dejados por las muelas ausentes. Era una geología extraña. Absolutamente agigantada. Jamás pensé que mi boca podría albergar semejante topografía. El noc noc de la dueña en la puerta del baño me sacó de mis cavilaciones. Con un último "pensamiento-rezo" que decía "Por favor dolor andate y dejame trabajar tranquilo" tiré la cadena para hacer creer que había estado haciendo caca. (No sé por qué me perseguí con eso.)

Lo primero que hice fue dorar unas cebollas con un poco de aceite de maíz.

A la pregunta sobre si usaban agua mineral o de algún proveedor, obtuve una lacónica respuesta de la dueña:

—El agua corriente es buena. Apurate, yo salgo a hacer unas compras.

Enfrentado a dos sendos piletones con grifos nuevos, decidí poner el arroz que ya había tostado lo suficiente con el agua de la canilla. En realidad había una ligera diferencia en el diseño de los piletones, pero decidí operar con cualquiera indistintamente.

Chic, chic, chic. Bzzac, Bzzac. Pese al dolor de muelas que no se pasaba, yo trataba de hacer los cortes lo más rápida y eficientemente posible. Cuando raspaba la tabla daba vuelta el cuchillo, recomendación de un jefe de cocina. Eso es una muestra silenciosa de profesionalismo, pues el darlo vuelta para volcar la verdura cortada, el filo del cuchillo se gasta mucho menos.

La lazagna, luego de pregratinarla y mandarla al horno, ya estaba encaminada.

Sucesivos olvidos de algunos elementos me obligaron a hacer varios viajes al sótano, siempre acompañado del fornido adolescente, para buscar más provisiones. Cuanto más bajaba, más me dolían.

Aparentemente las cosas marchaban bien. La dueña había vuelto y yo tenía todo en marcha, incluyendo el falso Strogonoff con seitán.

La dueña iba y venía por el gran salón, dando los últimos toques. Había un par de guitarras y un micrófono. Se ve que la consumición incluía un número musical obligado.

Todavía el sol no se había ocultado y ya estaban llegando los primeros comensales. Aunque ya lo sé por incontables películas y por incontables cenas, que en USA se come temprano, el hecho no deja siempre de llamarme la atención.

—¿Está listo, está listo, está listo?

La dueña histérica y excitada llegó a la cocina. Yo estaba escupiendo sangre en uno de los piletones y haciendo correr el agua.

Con su máximo rasgo de humanidad me dijo:

—Escupí en el baño o en el otro piletón, que la canilla larga lavandina con detergente.

Mecánicamente me dirigí hacia el otro piletón. Escupí y abrí la canilla. Efectivamente largaba agua con detergente y lavandina.

Levanté la vista y vi que la dueña salía orgullosa con dos platos de arroz con verduras.

Inmediatamente comprendí lo que se vendría.

Unos instantes que eran ladrillazos y se largaron los primeros cuchicheos seguidos de susurros llamando al mozo, que no era otro que la orgullosa dueña en persona. Le pedían que por favor probase la comida. Se ve que eran entendidos. En vez de decir que estaba rara o fea sugerían que, "un gusto básico dominaba todos los sabores".

La probó.

Efectivamente. Se cena temprano en USA.

Y los buenos restaurantes tienen piletones gigantes muy parecidos. De uno de ellos ya sale una mezcla de agua con lavandina que todo lo lava. Menos las culpas.

Justamente de ese piletón, de ese maldito grifo (como dirían los españoles en algún poema trágico) llené todas las cacerolas de arroz y el agua del falso Strogonoff con seitán.

Las muelas. Ay las muelas...

Había que hacer todo de nuevo. No había que recomenzar. Había que empezar de vuelta.

Sólo la lazagna podía distraer a estos clientes hasta tanto se recompusieran un poco las cosas.

La lazagna y... algo de música. Pero los músicos no habían llegado. El acceso de nervios de la dueña coooool, no se hizo esperar. Yo, que con tal de no verme envuelto en un enfrentamiento, muchas veces —no todas— soy capaz de hacer cualquier cosa desde suicidarme hasta asesinar, decidí ir al frente.

Tomé una de las violas eléctricas. Operé un poco como podía el equipo de sonido y anuncié una serie de canciones de la lejana Sudamérica.

La dueña lloraba en la cocina y más o menos seguía las instrucciones para controlar el arroz y el nuevo Strogonoff, igual de falso que el anterior pero sin gusto a lavandina.

No fue ni la primera ni la última vez que ofendí tal vez a Yupanki y a tantos otros.

Pero me fue bastante bien. Había aplausos y dejaban sus dolarcitos en el pote de vidrio campesino que servía para depósito de las propinas musicales.

Seguí tocando hasta... No no hasta que las velas no ardieron sino "hasta que me sangraron las muelas".

Nuevamente el mismo efecto de sangre sobre instrumento eléctrico. Fue impactante sobre el público.

Fue impactante también sobre el dueño de la guitarra y a la sazón, el músico contratado, que llegaba en ese momento. No sólo le estaba quitando su trabajo con su viola, sino que además se la escupía con sangre tercermundista. La cual en esa época no estaba tan mal vista como ahora, pero igual le revolvió las tripas a nuestro amigo americano.

Con una sonrisa le cedí el turno. Fui a la cocina, para despedirme de la dueña y a pedirle que me pague. Me pagó, pero menos, aduciendo que yo había creado una serie de inconvenientes. No me acuerdo cuánto menos, pero mucho menos. Mientras el country estaba tocando fui a llevarme lo que me correspondía de mi involuntaria actuación. En ese momento siento que la correcta y aburrida versión de "Don't Think Twice" que el muchacho estaba tocando, se interrumpe bruscamente. Queda el gyongyongyoooon... de la resonancia de la viola con la cámara del equipo y una mano grande toma mi mano. El amigo americano no iba a dejar que yo me llevase mi paga. Como en las series de vaqueros. Como en Bonanza, había una situación injusta en el ranch.

Io había domado el potro y arriado los noviios; iio quería mi paga.

La guitarra cayó en el piso.

Yo manoteé unos dólares.

El amigo me manoteó una piña.

Yo lo insulté. Y me fui hasta la puerta desde donde escupí ante la mirada atónita de los comensales.

Huí rápido. Tenía miedo de que llamasen a la cana o que entre varios intentasen lincharme. Finalmente un juidío latinoamericano cetrino bien podía equivaler a un sucio negro de Louisiana.

Qué sensación de desgracia.

Mentiría si digo que me fui caminando en medio de la fina llovizna mientras el asfalto mojado reflejaba mi imagen. Quería desaparecer. Ni siquiera pensaba en suicidarme. Quería que alguien lo hiciera por mí. En ese segundo, entendí el significado de quiero que me parta un rayo. Ya.

El rayo cayó, pero sólo parcialmente, sobre mi boca. El dolor iba de lo grave a lo agudo. Y se acentuaba cuando veía a la gente divertirse. Era sábado a la noche.

Estaba llegando a la casa, mi único deseo era que no hubiera ruidos de ninguna especie.

Desde lejos vi la vidriera. No había nadie. Ah, me olvidaba decir que la casa había pertenecido a un chino que tenía negocio adelante y que una de las costumbres actuales era la de sentarse a hacer living en la vidriera mientras pasaba la gente. Incluso tocábamos ahí, exhibiéndonos como las prostis holandesas.

Incluso a muchas de las visitas les gustaba hacer vidriera.

Tal vez, sin saberlo, sólo venían para hacer eso. En fin. Living... hall... dos dormitorios... No había nadie. No se oía ningún ruido.

Fui por las otras habitaciones hacia el patio central.

Increíble. No sólo no había ruidos. Por fin, no había nadie.

Disfruté exactamente cinco minutos de la soledad. Luego empecé a entrar en una especie de autocompasión de oh qué sólo estoy, nadie me quiere, etc. Entre el llanto y un cansancio terrible me quedé dormido.

No me acuerdo, pero queda bien decir que soñaba que estaba en un barco intentando comer un helado de frutilla demasiado rojo que se escapaba de mi boca.

Abrí los ojos, estaba envuelto en un charco de sangre. Me cambié las gasas. Tomé más painkillers. Mientras las gasas absorbían la sangre, todo andaba bien. En cuanto dejaba de hacerlo me ahogaba en sangre.

Fue así que liquidé el stock de gasas y me dediqué a escupir en un tazón.

Ya era de madrugada. Sendos inquilinos iban llegando interesándose sendamente por mi salud.

Yo seguí escupiendo sangre y estaba absolutamente paranoico. Los doctorcitos me habían dejado un número de emergencia por si me pasaba algo en el fin de semana. Era el de una clínica al lado del Hospital Universitario. Llamé por teléfono. El doctor de guardia no estaba. Iba a llegar tal vez en una hora. Tal vez. No estaba.

Yo había agotado el stock de gasas. Mareado llegué al baño en busca de algodón o algún sucedáneo. Sólo encontré tampones. Nuevos por suerte.

Tenían la misma forma que las gasitas dentales pero eran 50 veces más grandes. Me los puse en la boca y salí decidido a llegar a donde sea. Pero sobre todo a la clínica.

Tenía que tomar dos trolley.

El primero fue bien. Al segundo lo esperaba en una de las peores esquinas de la ciudad. Con el agregado de ser la madrugada del domingo.

Doble bingo para los despojos que estaban tirados en la calle.

Aparte del personal estable había que agregar las víctimas circunstanciales del sábado a la noche.

Y no venía... y no venía.

¿Qué pasó con mi vida? ¿Por qué se transformó en una ridícula carrera de obstáculos también ridículos?

¿Por qué estoy tan librado a la ley de accidente?

¿Por qué estoy acá?

O sabía las respuestas, o las intuía, o estaba resignado.

No sabe.

No contesta.

No recuerda.

Era la presa ideal de un predicador evangelista.

Yo lo vi venir acercándose torpemente pero no le presté atención. Recién lo noté cuando su cabezota, tirando un olor que atesoraba cientos de destilaciones de destilaciones, se puso delante mío.

Ahí vino la amenaza y el diálogo breve.

Los tampones habían absorbido una gran cantidad de sangre desde que había salido de la casa, así que cuando se los tire a la cara el shock debe haber sido muy fuerte.

Cada tanto suelo cruzarme con este tipo de personajes a los que en general la suerte y alguna reacción voluntaria o involuntaria mía los pone fuera de combate. El problema es que estas cosas van bien hasta que no van más bien. Y entonces, uuhhhhhh, el cuchillo siempre tan esperado; inesperadamente.

Bien, ya estaba arriba del trolley.

Ahora ya estaba abajo del trolley.

Ahora un viejito madrugador me indicaba la calle.

Ahora por fin entraba triunfante.

Ahora encontraba un cartel que decía:

"Atención esta es una clínica privada, la consulta mínima es de 75 dólares."

La empleada insistió en forma oral con lo que yo ya había leído en el cartel, para luego decirme que el médico iba a llegar tal vez en una hora.

Me senté. Esperé. A los 15 minutos, llegó el médico. Un oriental chiquito y flexible, posiblemente un filipino.

Era evidente que la señora quería desanimarme.

Luego de hacerme pasar, abrirme la boca y revisarme, me dijo:

En esa fracción yo esperaba que dijese cosas espantosas de infecciones y complicaciones, me dijo:

—La operación dejó una helida muy glande, pelo esto está muy bien. Es como si hubiela coltado las muñecas. Sanglal es nolmal.

Me puso las gasitas correspondientes y me dio otras de respuesto, para luego pedirme que me levante. Me acompañó hasta la puerta. Le dije que no tenía plata para pagar, me dijo que no me hiciera problema, que eso lo arreglaba él. Efectivamente lo arregló con una señal hacia la empleada que fue devuelta con un gesto de desagrado por parte de ella. En la puerta me puso una mano en el hombro y mirándome a los ojos me dijo:

"You wollied too much. If you stop thinking, you stop bleeding." (Usted se pleocupa demasiado. Si palal de pensal, palal de sanglal).

Fue como el koan zen de la mañana. A los dos minutos paré de sangrar y de escupir. Tenía lazón el chinito.

El lunes, siguiendo las estrictas instrucciones de los médicos, fui a la universidad a hacerme controlar. Había que prever el riesgo de cualquier infección.

Mientras esperaba junto a otros que me llamasen de la ventanilla para arreglar la entrevista, leía relajadamente una revista vieja que ya era intrascendente cuando era nueva. De pronto fui oyendo un "sob sob", de llanto contenido. A mi costado había una chica.

Lueog de lo que había pasado y de la "cula filipina", me sentía sobreviviente, fortalecido a la Nietzsche y predispuesto a la solidaridad.

—¿Qué te pasa?, le pregunté.

—Me tengo que sacar las cuatro muelas de juicio y me quieren cobrar de mínimo 500 dólares... (sob, sob, snig)

Una señora gorda que seguía el diálogo preguntó:

—¿No tiene seguro social?

—Sí, pero (ahí no entendí bien) hay una base que no cubre, etcétera.

—Ah, dijo la señora, mi sobrina tuvo una operación similar el mes pasado y sólo le costó 250. No puede ser, tendría que protestar.

Como un imbécil, no pude cerrar mi boca. Se ve que quería estrenarla a toda costa luego de haber experimentado esta notable mejoría. Por lo tanto dije:

—Y yo no sólo no tengo seguro de salud, sino que además no soy americano y la operación sólo me costó 25 dólares. Como un imbécil.

—¿Cómo?

—¿Cómo?, preguntaron las dos con una diferencia de un segundo. Todo fue muy rápido. Indignadas ambas se levantaron y se fueron a la ventanilla protestando para iniciar algún litigio. Sabía que me iban a usar de ejemplo.

Supe que tenía que huir. Hice que las acompañaba a la ventanilla y en ese instante apuré mis pasos.

Mientras pensaba que nunca más vería a los dos doctorcitos, ni controlaría nada, oía una voz que llamaba por los parlantes: "Mr. Kesselman, please, Mr. Kesselman, presentarse en ventanilla 5".

Mentiría si digo que me fui silbando bajito. El espacio dejado por las ausentes muelas de juicio permitía hinchar más los carrillos. Me dí cuenta de lo fuerte que iba a poder silbar de ahí en más.



ELAS DE JUICIO

nació en
948. Supo ser
e itinerante,
geramente
g Club, por
publicitario.
rige
aquea un
a Luchi
a a realizar el
o.

POR VICTOR KESSELMAN

cheos seguidos de
o, que no era otro
n persona. Le pe-
e la comida. Se ve
ez de decir que es-
ue, "un gusto bá-
sabores".

emprano en USA.
es tienen piletones
De uno de ellos ya
on lavandina que
culpas.
ón, de ese maldito
pañoles en algún
s las cacerolas de
trogonoff con sei-

elas...
de nuevo. No ha-
a que empezar de

traer a estos clien-
sieran un poco las

La lazagna y... algo de música. Pero los músicos no habían llegado. El acceso de nervios de la dueña coooool, no se hizo esperar. Yo, que con tal de no verme envuelto en un enfrentamiento, muchas veces —no todas— soy capaz de hacer cualquier cosa desde suicidarme hasta asesinar, decidí ir al frente.

Tomé una de las violas eléctricas. Operé un poco como podía el equipo de sonido y anuncié una serie de canciones de la lejana Sudamérica.

La dueña lloraba en la cocina y más o menos seguía las instrucciones para controlar el arroz y el nuevo Strogonoff, igual de falso que el anterior pero sin gusto a lavandina.

No fue ni la primera ni la última vez que ofendí tal vez a Yupanki y a tantos otros.

Pero me fue bastante bien. Había aplausos y dejaban sus dolarcitos en el pote de vidrio campesino que servía para depósito de las propinas musicales.

Seguí tocando hasta... No no hasta que las velas no ardieron sino "hasta que me sangraron las muelas".

Nuevamente el mismo efecto de sangre sobre instrumento eléctrico. Fue impactante sobre el público.

Fue impactante también sobre el dueño de la guitarra y a la sazón, el músico contratado, que llegaba en ese momento. No sólo le estaba quitando su trabajo con su viola, sino que además se la escupía con sangre tercermundista. La cual en esa época no estaba tan mal vista como ahora, pero igual le revolvió las tripas a nuestro amigo americano.

Con una sonrisa le cedí el turno. Fui a la cocina, para despedirme de la dueña y a pedirle que me pague. Me pagó, pero menos, aduciendo que yo había creado una serie de inconvenientes. No me acuerdo cuánto menos, pero mucho menos. Mientras el country estaba tocando fui a llevarme lo que me correspondía de mi involuntaria actuación. En ese momento siento que la correcta y aburrida versión de "Don't Think Twice" que el muchacho estaba tocando, se interrumpe bruscamente. Queda el gyongyongyoooon... de la resonancia de la viola con la cámara del equipo y una mano grande toma mi mano. El amigo americano no iba a dejar que yo me llevase mi paga. Como en las series de vaqueros. Como en Bonanza, había una situación injusta en el ranch.

Io había domado el potro y arriado los novios; iio quería mi paga.

La guitarra cayó en el piso.

Yo manoteé unos dólares.

El amigo me manoteó una piña.

Yo lo insulté. Y me fui hasta la puerta desde donde escupí ante la mirada atónita de los comensales.

Huí rápido. Tenía miedo de que llamasen a la cana o que entre varios intentasen lincharme. Finalmente un juidío latinoamericano cetrino bien podía equivaler a un sucio negro de Louisiana.

Qué sensación de desgracia.

Mentiría si digo que me fui caminando en medio de la fina llovizna mientras el asfalto mojado reflejaba mi imagen. Quería desaparecer. Ni siquiera pensaba en suicidarme. Quería que alguien lo hiciera por mí. En ese segundo, entendí el significado de quiero que me parta un rayo. Ya.

El rayo cayó, pero sólo parcialmente, sobre mi boca. El dolor iba de lo grave a lo agudo. Y se acentuaba cuando veía a la gente divertirse. Era sábado a la noche.

Estaba llegando a la casa, mi único deseo era que no hubiera ruidos de ninguna especie.

Desde lejos vi la vidriera. No había nadie. Ah, me olvidaba decir que la casa había pertenecido a un chino que tenía negocio adelante y que una de las costumbres actuales era la de sentarse a hacer living en la vidriera mientras pasaba la gente. Incluso tocábamos ahí, exhibiéndonos como las prostis holandesas.

Incluso a muchas de las visitas les gustaba hacer vidriera.

Tal vez, sin saberlo, sólo venían para hacer eso. En fin. Living... hall... dos dormitorios... No había nadie. No se oía ningún ruido.

Fui por las otras habitaciones hacia el patio central.

Increíble. No sólo no había ruidos. Por fin, no había nadie.

Disfruté exactamente cinco minutos de la soledad. Luego empecé a entrar en una especie de autocompasión de oh qué sólo estoy, nadie me quiere, etc. Entre el llanto y un cansancio terrible me quedé dormido.

No me acuerdo, pero queda bien decir que soñaba que estaba en un barco intentando comer un helado de frutilla demasiado rojo que se escapaba de mi boca.

Abrí los ojos, estaba envuelto en un charco de sangre. Me cambié las gasas. Tomé más painkillers. Mientras las gasas absorbían la sangre, todo andaba bien. En cuanto dejaba de hacerlo me ahogaba en sangre.

Fue así que liquidé el stock de gasas y me dediqué a escupir en un tazón.

Ya era de madrugada. Sendos inquilinos iban llegando interesándose sendamente por mi salud.

Yo seguí escupiendo sangre y estaba absolutamente paranoico. Los doctorcitos me habían dejado un número de emergencia por si me pasaba algo en el fin de semana. Era el de una clínica al lado del Hospital Universitario. Llamé por teléfono. El doctor de guardia no estaba. Iba a llegar tal vez en una hora. Tal vez. No estaba.

Yo había agotado el stock de gasas. Mareado llegué al baño en busca de algodón o algún sucedáneo. Sólo encontré tampones. Nuevos por suerte.

Tenían la misma forma que las gasitas dentales pero eran 50 veces más grandes. Me los puse en la boca y salí decidido a llegar a donde sea. Pero sobre todo a la clínica.

Tenía que tomar dos trolley.

El primero fue bien. Al segundo lo esperaba en una de las peores esquinas de la ciudad. Con el agregado de ser la madrugada del domingo.

Doble bingo para los despojos que estaban tirados en la calle.

Aparte del personal estable había que agregar las víctimas circunstanciales del sábado a la noche.

Y no venía... y no venía.

¿Qué pasó con mi vida? ¿Por qué se transformó en una ridícula carrera de obstáculos también ridículos?

¿Por qué estoy tan librado a la ley de accidente?

¿Por qué estoy acá?

O sabía las respuestas, o las intuía, o estaba resignado.

No sabe.

No contesta.

No recuerda.

Era la presa ideal de un predicador evangelista.

Yo lo vi venir acercándose torpemente pero no le presté atención. Recién lo noté cuando su cabezota, tirando un olor que atesoraba cientos de destilaciones de destilaciones, se puso delante mío.

Ahí vino la amenaza y el diálogo breve.

Los tampones habían absorbido una gran cantidad de sangre desde que había salido de la casa, así que cuando se los tire a la cara el shock debe haber sido muy fuerte.

Cada tanto suelo cruzarme con este tipo de personajes a los que en general la suerte y alguna reacción voluntaria o involuntaria mía los pone fuera de combate. El problema es que estas cosas van bien hasta que no van más bien. Y entonces, uuhhhhhh, el cuchillo siempre tan esperado; inesperadamente.

Bien, ya estaba arriba del trolley.

Ahora ya estaba abajo del trolley.

Ahora un viejito madrugador me indicaba la calle.

Ahora por fin entraba triunfante.

Ahora encontraba un cartel que decía:

"Atención esta es una clínica privada, la consulta mínima es de 75 dólares."

La empleada insistió en forma oral con lo que yo ya había leído en el cartel, para luego decirme que el médico iba a llegar tal vez en una hora.

Me senté. Esperé. A los 15 minutos, llegó el médico. Un oriental chiquito y flexible, posiblemente un filipino.

Era evidente que la señora quería desanimarme.

Luego de hacerme pasar, abrirme la boca y revisarme, me dijo:

En esa fracción yo esperaba que dijese cosas espantosas de infecciones y complicaciones, me dijo:

—La operación dejó una helida muy glande, pelo esto está muy bien. Es como si hubiela coltado las muñecas. Sanglal es nolmal.

Me puso las gasitas correspondientes y me dio otras de respuesto, para luego pedirme que me levante. Me acompañó hasta la puerta. Le dije que no tenía plata para pagar, me dijo que no me hiciera problema, que eso lo arreglaba él. Efectivamente lo arregló con una señal hacia la empleada que fue devuelta con un gesto de desagrado por parte de ella. En la puerta me puso una mano en el hombro y mirándome a los ojos me dijo:

"You wollied too much. If you stop thinking, you stop bleeding." (Usted se pleocupa demasiado. Si palal de pensal, palal de sanglal).

Fue como el koan zen de la mañana. A los dos minutos paré de sangrar y de escupir. Tenía lazón el chinito.

El lunes, siguiendo las estrictas instrucciones de los médicos, fui a la universidad a hacerme controlar. Había que prever el riesgo de cualquier infección.

Mientras esperaba junto a otros que me llamasen de la ventanilla para arreglar la entrevista, leía relajadamente una revista vieja que ya era intrascendente cuando era nueva. De pronto fui oyendo un "sob sob", de llanto contenido. A mi costado había una chica.

Lueog de lo que había pasado y de la "cula filipina", me sentía sobreviviente, fortalecido a la Nietzsche y predispuesto a la solidaridad.

—¿Qué te pasa?, le pregunté.

—Me tengo que sacar las cuatro muelas de juicio y me quieren cobrar de mínimo 500 dólares... (sob, sob, snig)

Una señora gorda que seguía el diálogo preguntó:

—¿No tiene seguro social?

—Sí, pero (ahí no entendí bien) hay una base que no cubre, etcétera.

—Ah, dijo la señora, mi sobrina tuvo una operación similar el mes pasado y sólo le costó 250. No puede ser, tendría que protestar.

Como un imbécil, no pude cerrar mi boca. Se ve que quería estrenarla a toda costa luego de haber experimentado esta notable mejoría. Por lo tanto dije:

—Y yo no sólo no tengo seguro de salud, sino que además no soy americano y la operación sólo me costó 25 dólares. Como un imbécil.

—¿Cómo?

—¿Cómo?, preguntaron las dos con una diferencia de un segundo. Todo fue muy rápido. Indignadas ambas se levantaron y se fueron a la ventanilla protestando para iniciar algún litigio. Sabía que me iban a usar de ejemplo.

Supe que tenía que huir. Hice que las acompañaba a la ventanilla y en ese instante apuré mis pasos.

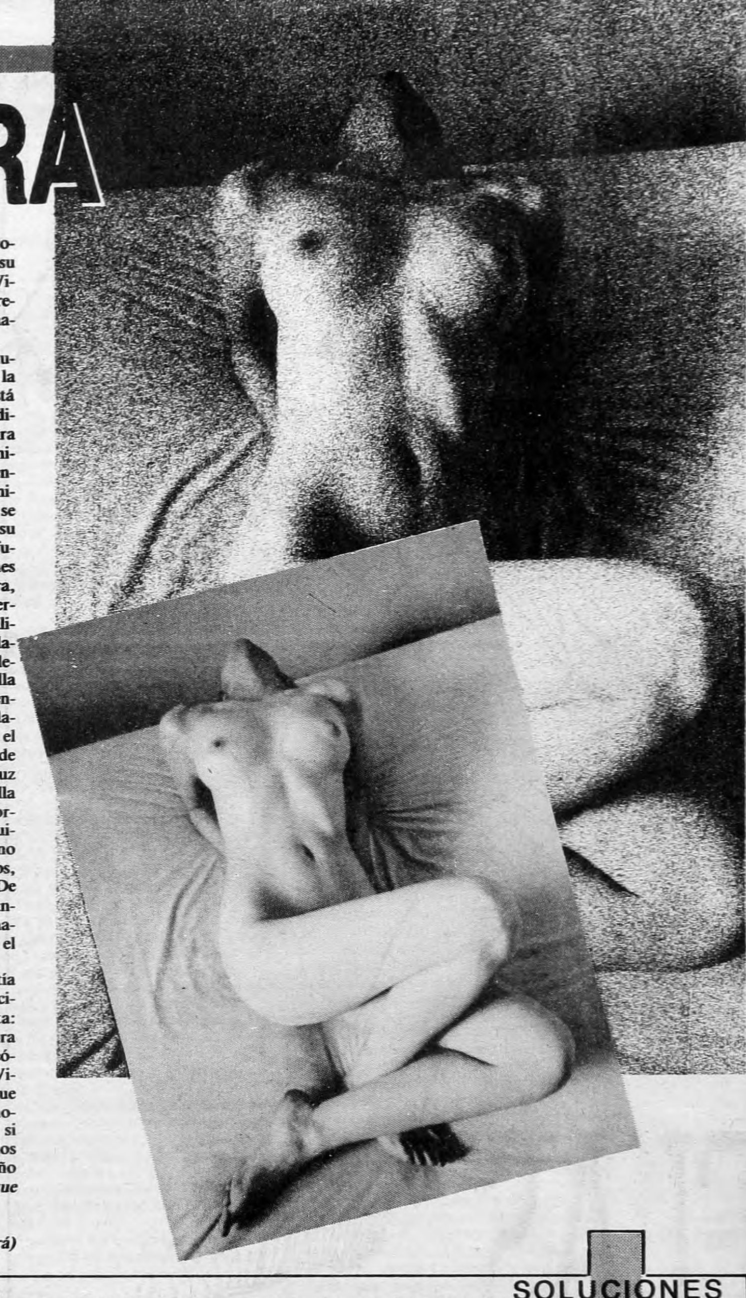
Mientras pensaba que nunca más vería a los dos doctorcitos, ni controlaría nada, oía una voz que llamaba por los parlantes: "Mr. Kesselman, please, Mr. Kesselman, presentarse en ventanilla 5".

Mentiría si digo que me fui silbando bajito. El espacio dejado por las ausentes muelas de juicio permitía hinchar más los carrillos. Me di cuenta de lo fuerte que iba a poder silbar de ahí en más.

LA PORTADORA

Folletín erótico de Pedro Lipcovich

20. La verdad



Las separaciones, cuando son definitivas, suelen ser sencillas. Un día, abriendo Viviana su cartera, Claudio vislumbró algo, tal vez un retrato plegado, y quiso verlo. Viviana se negó. Entonces él arrebató la cartera y abrió el pequeño secreto de Viviana, el cuarto del pintor que añoraba a una mujer. Con furor incomprensible, Claudio rompió la lámina en pedazos. Enseguida pidió disculpas, prometió comprar otra. Viviana no aceptó sustituir lo destrozado y no aceptó a Claudio nunca más.

Así, en noche de sábado, mientras Viviana duerme en el sofacama de casa de su tía Gladys, Claudio toma una copa con Marta, en una avenida que hace homenaje a la santidad de la fe. Los dos sienten la seducción del reencuentro. Esta misma noche harán el amor casi como la primera vez; pero, al culminar, Claudio no estará con Marta sino con el recuerdo de Viviana. Y así será, cada vez, por el resto de su vida.

Entretanto, en otra confitería de la avenida de la fe, la buscadora de la verdad de Claudio conversa con amigas. En la ciudad de la mentira florece la profesión de los buscadores de la verdad. Ellos se dedican a interrogar la verdad que cada uno, sin saberlo, lleva en sí. A fin de que el brillo de las miradas no perturbe su búsqueda, utilizan una especie de cama estrecha o diván donde se tiende la persona interrogada. Los buscadores de la verdad están sujetos a una ética que les prohíbe hacer valer sus opiniones personales acerca de los asuntos del interrogado. Naturalmente, Claudio ha hablado de Viviana a su buscadora. Un día antes de que Claudio destrozara el cuarto del pintor, la buscadora de la verdad le había planteado una pregunta: ¿Qué problemas de Claudio, qué sucesos nocivos de su infancia olvidada lo llevan a acercarse a Viviana, portadora? Tratándose sólo de una pregunta, la buscadora de la verdad no juzgó haber quebrantado su ley.

No hay hombres, no hay hombres en la ciudad de la mentira, sostienen las amigas de la buscadora, que, quizá tanto como ellas, está harta de la conversación y de la noche perdida, y de los años perdidos. La charla se estira y vuelve sobre sí misma cuando, por la avenida de la fe, aparecen dos jóvenes sobresalientes. Uno de ellos es sobrino de una de las amigas. Sin nada mejor que hacer, los jóvenes se incorporan a la tertulia, que se vivifica con su presencia. La buscadora, con algo de confusión, se da cuenta de que uno de los jóvenes la mira un poco más que a las demás. La otra, la tía, también se ha dado cuenta, con divertida benevolencia. Cuando la reunión finalice, el joven sobresaliente irá para el mismo lado que la buscadora. A esta altura del folletín, y de la noche de sábado, es obvio que ella lo invitará a tomar un café en su departamento; es obvio que se besarán, que se desnudarán; también es obvio que ella pensará en el mal, porque sabe, incluso tiene en la mesa de luz la manera de cuidarse, los compró a la luz del día, sin falsos pudores. Y es obvio que ella vacilará: ella quisiera que el joven, no importa si en realidad no es tan sobresaliente, quisiera que él volviese un sábado más, ella no quiere que el sábado que viene sea como otros, charlar con amigas, masturbarse en el alba. De todos modos, decide hablarle: ¿Qué?, pregunta él, sorprendido; están desnudos. Nada, nada; la buscadora de la verdad calla bajo el cuerpo joven.

Y Viviana, en el sofacama de casa de tía Gladys, de repente *despierta*. Y, con la lucidez de los despertares súbitos, se pregunta: ¿Será realmente ella la portadora? Portadora asintomática, dijo el doctor Bermúdez: ¿cómo pudo ella creerle, precisamente a él? Viviana ha despertado y no quisiéramos que vuelva a dormirse. Pero, ¿cómo pudimos, nosotros también, creer que ella porta el mal, si en tantos capítulos la vimos, al cuidar a los otros, cuidarse ella misma? Otra vez el sueño captura a Viviana y no escucha que *el mal que ella porta es la verdad de los otros*.

(Continuará)

JUEGOS

SOPA DE LETRAS

Encuentre en la sopa las palabras de la lista, todas con la misma inicial. Pueden estar en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Las letras sin usar formarán un mensaje.

TACITO	TELEMAN	TOLOMEO
TAFT	TELL	TOLSTOI
TAGORE	TEODORICO	TROTSKY
TAINE	THOMAS	TRUMAN
TASSO	TINTORETTO	TWAIN
TCHAIKOWSKI	TIZIANO	

N	O	O	T	T	E	R	O	T	N	I	T
T	C	H	A	I	K	O	W	S	K	I	H
O	A	T	Y	E	R	O	G	A	T	T	P
L	E	R	T	E	N	I	A	T	O	R	O
O	O	U	T	F	R	M	I	L	O	O	C
M	T	M	W	A	A	Z	S	T	R	T	I
E	A	A	A	I	I	T	I	D	O	S	R
O	S	N	I	A	O	C	Q	U	E	K	O
E	S	L	N	I	A	M	E	J	O	Y	D
R	O	O	D	T	T	H	O	M	A	S	O
E	L	O	S	T	E	L	L	H	O	M	E
B	R	E	S	N	A	M	E	L	E	T	T

CRUCIGRAMA

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1									■		
2					■			■			
3		■					■				
4	■					■					
5			■				■				
6				■				■			
7					■				■		
8						■					■
9					■					■	
10				■			■				
11			■								

AYUDAS: EI, PU, TARTRATO

Horizontales

1. Sal de ácido tartárico./ Símbolo del ástato.
2. Abur./ Plutonio./ Demostrativo neutro.
3. Rumiante bóvido./ En hebreo, así sea.
4. Vínculo./ Larva de la mariposa.
5. Relicario japonés./ Mamífero carnicero plantígrado./ Avalancha.
6. Apodo del multimillonario Onassis./ Condimento./ Reza.
7. Tela fina./ Nombre de varias algas filamentosas./ Símbolo del arsénico.
8. Atasque./ Liar.
9. Se dice de aquello cuyas partes están separadas más de lo regular./ Apócope de fraile.
10. Orificio terminal del intestino./ Símbolo del einstenio./ Vigilancia atenta, cuidado extremo.
11. Sudoeste./ Alzaras, subieras.

Verticales

1. Onomatopeya de ciertos golpes./ Valuarás.
2. Símbolo de la plata.' De Loreto, Perú.
3. Itinerario, recorrido./ Fetiche.
4. Pedazo./ Argolla.
5. Flor del rosal./ Artículo.
6. Prefijo: fuera./ Organo de la visión./ Confíe.
7. Adjetivo posesivo./ Poner huevos, aovar.
8. Labra la tierra con el arado./ Agrede.
9. Rival./ Día inmediatamente anterior al de hoy.
10. Prevenir un riesgo./ Nota musical.
11. Entonación que caracteriza el habla de una zona (pl.)./ Isla del Egeo.

SOLUCIONES

"No hay peor marido que el mejor de los hombres." Shakespeare

9176

